FROMM-Online

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

SOBRE LA NATURALEZA MALIGNA DEL HOMBRE EN FREUD Y FROMM

Juliana González Valenzuela

La *des-ilusión* no implica necesariamente la *desesperanza* ni la *desesperación*; pudiera ser que, por el contrario, la desilusión genere una esperanza más real, más fundada e incluso más intensa.

En general, el psicoanálisis es una nueva vía de autoconocimiento que, como la vía socrática, conlleva una "catarsis" por la cual el hombre busca purificarse de las falsas opiniones y adquirir la conciencia veraz de su propia ignorancia y de su desnuda y escueta realidad. El psicoanálisis implica, como dice Paul Ricoeur:

> ...liquidar los ídolos, ir de la ebriedad a la sobriedad, hacer de una vez el balance de nuestra pobreza.[1]

Sin embargo, suele ocurrir que con las "ilusiones" se destruyan o se vayan también los ideales, los valores, las esperanzas en la condición humana, y que la desilusión sea asimismo decepción, literal des-moralización, pérdida del aliento y del sentido de la vida. Como si no pudiese haber excelencia ni bienes *verdaderos* que no fuesen ilusos espejismos, producto de la necesidad compensatoria del hombre y de sus meros deseos infantiles. Esta es al menos una de las consecuencias que pudieran desprenderse del pensamiento de Sigmund Freud, cuya crítica a la cultura contribuye a una efectiva crisis de ésta, y conlleva una idea "pesimista" del hombre en la cual quedan realmente cuestionadas la excelencia y la dignidad humanas.

Claro está que en general, como es comúnmente admitido, "pesimismo" y "optimismo" son conceptos valorativos, emocionales, que parecen tener ante todo un valor subjetivo, ajeno al genuino discurso científico. No obstante, cabe hablar objetivamente de pesimismo y optimismo, en tanto que con ello se alude a ideas o concepciones axiológicamente positivas (afirmativas) o negativas, *fundadas en un conocimiento real y racional del hombre.* Pues no necesariamente las ciencias humanas han de ser absolutamente neutrales, imparciales y descualificadas, ni la valoración y la toma de posición vital han de empañar por fuerza la objetividad (por relativa y meramente aproximada –nunca absoluta– que ésta sea).

Designar como "pesimista" la concepción freudiana del hombre (o de "optimista" la frommiana) alude ante todo a este sentido primordialmente objetivo, y no a la propensión personal o circunstancial a pensar en lo "peor" o en lo "mejor". Se trata, precisamente, de la cuestión esencial de *qué es* el hombre y de si puede encontrarse en su propia condición el fundamento de la cultura y de los valores en general. Lo cual coincide de base con el propósito de averiguar, en efecto, *si no hay excelencia humana que no sea ilusa*; si la desilusión de la cultura obliga a concluir que todo aquello que algún día se juzgó valioso y lo más digno de ser vivido, es puro engaño, y si la verdad del hombre corresponde a la de ese "mono asesino" desprovisto "por naturaleza" de todo ímpetu de *unión* genuina y de *perfeccionamiento,* para el cual está negada la posibilidad de amor, de plenitud, de paz y de felicidad.

Freud afirma, efectivamente, que "el propósito de que el hombre sea 'dichoso' no está contenido en el plan de la 'Creación'."[2] La naturaleza en su totalidad está regida por la fuerza de la *Anánke*: la Necesidad, tanto en el sentido de la ciega fatalidad, mecánica e indiferenciada, como de la *escasez,* el apremio, la carencia: la necesidad de producir *lo que falta.* La *Anánke* es, para Freud, origen, for-

Omnia 2(2): 7-19, 1986.

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

FROMM-Online
Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

zosidad, coerción, resistencia y dureza de la vida: sufrimiento y muerte.

Y como antípoda absoluta de la *Anánke* se halla, según él, *el deseo* humano, que es exactamente lo opuesto: imperativo absoluto e ineludible de *placer*, de satisfacción inmediata y total; afirmación incondicional de una subjetividad, a la vez que ensimismada y cerrada en su propia demanda, infinitamente necesitada, precaria y carente, de modo que depende por completo de los otros para poder sobrevivir. Precisamente es el deseo de placer del sujeto humano el que construye (o más bien "alucina") sus propias satisfacciones, según la concepción freudiana: el *ello* (id) genera la "realización disfrazada" de sus deseos cuando sueña o cuando produce fantasías, mitos, ideales y toda clase de *ilusiones* del espíritu; todos ellos expresan o proyectan justamente las "perfecciones", las dichas y excelsitudes del humano deseo..., siempre infantil, siempre iluso, siempre imposible. Y desde luego, el paradigma de esta construcción ilusoria es, a los ojos de Freud, la religión y toda la concepción del mundo y de la vida que ella promueve.

El deseo expresa para Freud la naturaleza primordial y originaria del hombre, la cual remite a las raíces orgánicas del psiquismo que son las pulsiones inconscientes e irracionales, y que coinciden, con lo que es primero en el tiempo, con lo inicial: con las primitivas experiencias de la vida: la infancia, siempre *presente* y *actuante* —según lo muestra la interpretación freudiana del inconsciente—.

Pero lo que el deseo desea en ciertos contextos de Freud (al menos los de la primera época de su creación), es en el fondo *no desear*: la dis-tensión, la no excitación, la *ataraxia* o literal im-perturbabilidad (como en el viejo hedonismo): beatitud absoluta, sin inquietud, sin movimiento, sin afanes, sin vacío, *sin tiempo*. El primordial movimiento de la vida tendería a negar la vida. Lo cual se expresa, entre otras cosas, por el hecho de que la primera forma de libido, de la *energía* sexual, sea autoerótica, recaiga en sí misma, y que cuando tenga un primer objeto distinto de sí éste sea precisamente la madre: sea libido incestuosa que busca negar la otredad mediante el movimiento regresivo hacia la fusión y la inmovilidad. En este sentido, Freud ve el placer negativamente como *cesación* del deseo y la libido como fuerza originariamente centrípeta que se cierra en sí misma.

Precisamente, Freud concibe la psique inconsciente (libidinal y regida por el principio del placer), ya como una realidad en sí misma *a-moral*, ajena al bien y al mal, al "sí" y al "no", (y por tanto pre-histórica y pre-humana), ya como algo "reprimido", expresamente *in-moral*, no sólo porque es en sí misma contraria a *una* moral o a una tradición moral que condena la sexualidad, sino por algo más profundo y general: porque se opone a la esencia de *la moralidad en general*; porque el psiquismo inconsciente es, en sí mismo, *regresivo* y literalmente ego-céntrico (egoísta, dice Freud): contrario al carácter *social* (comunitario) y evolutivo (perfectivo) de la moralidad. Por esto, en la medida en que la sexualidad es esencial búsqueda del placer y *egoísmo* radical, la naturaleza pulsional del hombre es "mala", en términos del propio Freud. En todo caso, el hombre sólo adquiere o conquista el bien y, de hecho, su condición propiamente humana (social, moral, histórica, cultural) en *oposición* a las fuerzas primordiales de su naturaleza "natural", mediante la represión de las tendencias espontáneas del puro egoísmo y del puro deseo de placer, las cuales se manifiestan, ante todo, en el deseo originario y esencial que es, según Freud, el deseo edípico de "amor" incestuoso y "odio" parricida.

Pero, como es sabido, en una segunda fase de su creación (que se inicia en 1920, cuando aparece *Más allá del principio del placer*), Freud introduce decisivos cambios en su pensamiento.[3] Particularmente, la oposición entre la sexualidad y la moralidad, entre la libido y la cultura, se desvanece cuando surge una nueva polaridad, más básica y más tajante y excluyente que ninguna, entre las pulsiones de vida (concentradas todas en el *Eros*) y las pulsiones de *muerte*. *Eros* entonces no resulta ya propiamente enemigo de la civilización o de la cultura, sino que al contrario: la cultura sólo se explica por *Eros*. El enemigo principal de la cultura no será entonces *la sexualidad*, con su fin propio puesto en el placer, sino *la agresividad* y *la muerte (Thánatos)*. En realidad la naturaleza humana revela según Freud su verdadera *malignidad* en esas pulsiones originarias (tanto o más originarias que la libido) que son las pulsiones de "repetición", de *inercia*, de vuelta a lo inorgánico, de agresividad,

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

FROMM-Online
Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

de destructividad en general: las *pulsiones de muerte*.

Eros aparece entonces como milagroso combate o *agonía*, como literal *lucha* contra la muerte, cuya función esencial es –dice Freud– *unir* la substancia viva, en "unidades cada vez mayores", e introducir estados *nuevos* en la vida: *Eros es principio de vinculación, de crecimiento y de creatividad* mientras que *Thánatos* se define exactamente por lo contrario: como la pulsión de des-unión, des-composición, de reintegración de lo vivo al seno de lo inorgánico o muerto. En un orden más concreto y decisivo, *Thánatos* se manifiesta como la *agresividad* en general que el sujeto proyecta hacia los otros o hacia sí mismo: como el *odio* del hombre por el hombre, como la fuerza terrorífica que le permite a Freud explicar el dato "universal" de la irracionalidad y la destructividad humanas (particularmente manifiestas en la guerra), y la consecuente infelicidad de la vida: las infinitas formas de suicidio y criminalidad, de esclavitud y vasallaje, de dominio y crueldad, de todo aquello por lo cual el hombre resulta, no la criatura más "admirable", sino la más "siniestra" y aterradora de la creación. O como declara el propio Freud, en ese notable pasaje de *El malestar en la cultura:*

> el ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad... *'Homo homini lupus':* ¿quién, en vista de las experiencias de la vida y de la historia osa poner en entredicho tal apotegma? Esa agresión cruel aguarda por lo general una provocación... Bajo circunstancias propicias, cuando están ausentes las fuerzas anímicas contrarias que suelen inhibirla, se exterioriza también espontáneamente, desenmasca-

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

ra a los seres humanos como bestias salvajes que ni siquiera respetan a los miembros de su propia especie.[4]

Freud denuncia, en efecto, el "malestar" en la cultura (originalmente había titulado su libro *La "infelicidad"* [Ungluck] *en la cultura.* Después cambio por "malestar" [Unbehagen]. Pero lo esencial es que el malestar o la infelicidad no lo son en el fondo *por causa* de la cultura, de tal modo que cupiese un estado feliz en la vuelta a la naturaleza, en la liberación cabal de las pulsiones (como algunos intérpretes de Freud quisieron creer). Cierto es que la cultura es frustración y represión, o bien es "narcosis", espejismo y mera apariencia e ilusas ilusiones, según la concepción freudiana. Pero dentro de ésta no cabe tampoco el naturalismo, sino al contrario: el "malestar" en la cultura es en realidad *el malestar* (o más bien *el mal*) *en la "Natura"*, manifiesto fundamentalmente en esta tendencia originaria, universal y fatal de muerte, de des-unión y destructividad de la naturaleza humana, destacada por Freud. La cultura reprime, coarta, violenta, pero no *transforma* verdaderamente. Los deseos son "Titanes" indestructibles, dice Freud. La cultura es, en el fondo, impotente frente a la naturaleza inmutable; de modo que, en este sentido, y a pesar de las tendencias del pensamiento de Freud a aprehender la unidad psicosomática del ser humano, prevalece una originaria *separación* e incomunicación entre naturaleza y cultura, entre naturaleza e historia.

Por esto –y precisamente por esto–, la cultura no es sólo necesaria infelicidad, nacida de la represión o la frustración, sino insuperable vivencia de *culpabilidad.* El hombre, según Freud, lleva en su más radical interior su propio juez y verdugo, cruel y "thanático": el *Superyó* de los padres introyectados que mira y castiga por dentro, en el fondo del inconsciente, al deseo mismo. Y como éste es indestructible e imperecedero, son insuperables la angustia y la culpa promovidas por la cultura y por su representante interno, que es el Superyó. De ahí también que, *a mayor cultura, mayor malestar e infelicidad,* pues mayores son, tanto la represión, la frustración y la evasión, como la culpabilidad que la cultura conlleva. Como en la leyenda dostoievskiana de "El Gran Inquisidor", nada resulta incluso más cruel, según Freud, que el imperativo moral del "amor al prójimo"; ésta es, de hecho, una exigencia "in-humana" (poco amorosa del hombre, decía Dostoievski) porque *lo humano es el odio:* el prójimo es, en realidad, el enemigo (amor al *prójimo* y amor al *enemigo* es mera redundancia, declara por su parte Freud). Pedirle amor es contrariar su naturaleza thanática y agresiva e incrementar sin límite su culpa e infelicidad. Parece resonar ciertamente en el discurso freudiano la tesis del Gran Inquisidor de que el verdadero amor por los hombres consiste en aceptar su originaria esclavitud, su miseria moral, su maldad constitutiva. Sólo que así, infeliz en la cultura y maligno en su naturaleza, al hombre freudiano sólo parece quedarle, para escapar de la locura, un pesimismo "realista" y "racionalista" de *estoica* aceptación de la *Anánke...* a no ser que *Eros* constituya, en verdad, la fuerza de la vida capaz de reivindicar plenamente a la vida.

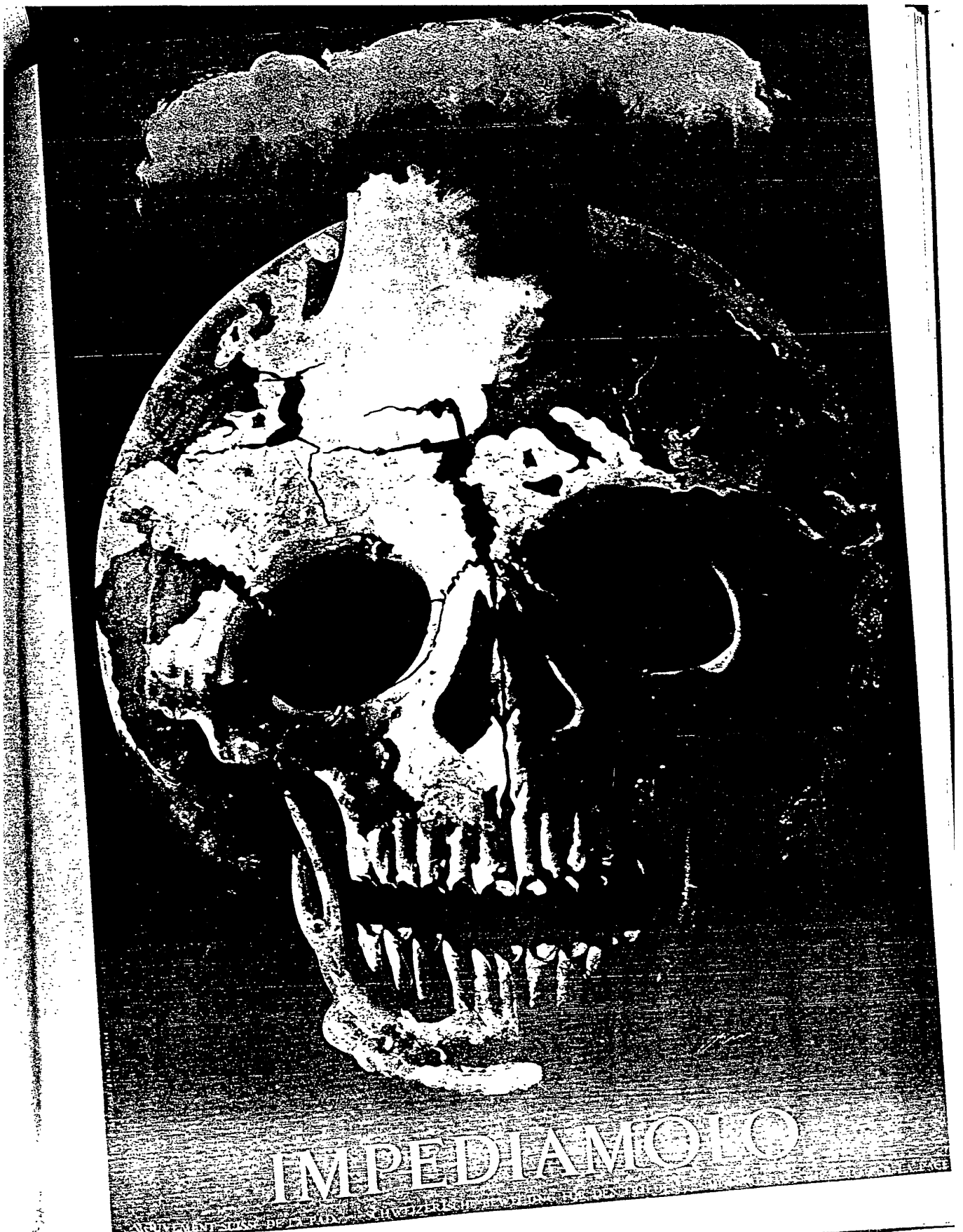
Porque es notable cómo en esta concepción de las pulsiones originarias de muerte, tanto o más constitutivas y determinantes que la pulsión de vida, Freud parece mantener, a pesar suyo, la tradicional, "religiosa" y "metafísica" idea de que la naturaleza y el mundo en general son principio de mal y sufrimiento, como la caverna platónica, como lo demoniaco o el "valle de lágrimas" de la creencia religiosa. Sólo que para Freud no hay otro mundo que reivindique la escasez, la violencia y el sinsentido de éste. Y aunque, a juicio suyo, sólo en la cultura puede real y racionalmente vivir el hombre, la cultura misma, que ha perdido su fundamento trascendente, "sobrenatural", tampoco lo encuentra en la naturaleza inmanente. La dimensión cultural queda, entonces, precariamente sostenida y en el fondo invalidada y, con ella, también la moralidad, las virtudes, los valores y toda excelencia o perfección humana; queda cuestionada la libertad y el propio hombre en su específica e irreductible condición. El *Eros* mismo parece muy penosamente confirmado ante la presencia originaria y todopoderosa del odio, la destructividad, la guerra y la muerte, tal y como ve Freud.

Se trata, en efecto, de una concepción negativa de la cultura y de la naturaleza humana. La desilusión sí implica en Freud una desesperanza y desvalorización de la vida. Y éstas parecen ser las consecuencias inevitables de esta visión que persigue

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

FROMM-Online
Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

ser "objetiva" y "científica" (no ilusoria) de lo que el hombre es, y no de lo que se desearía infantil e idealistamente que fuera. Sin embargo, éste es precisamente el problema: averiguar hasta dónde hay *verdad* en la concepción y en la apreciación freudianas; discernir en ellas los datos verdaderamente objetivos, de aquellos que no lo son y que expresan, más bien, compromisos circunstanciales o proyecciones subjetivas.

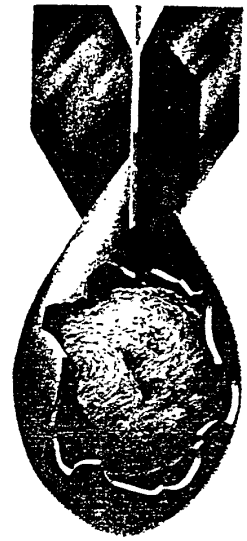
La crítica de Erich Fromm a esta idea freudiana de la naturaleza del hombre se cifra primeramente en señalar que la gran deficiencia del sistema de Freud está en su carácter "instintivista" y "reductivista". En la primera época freudiana predominaría incluso una concepción "fisiologicista", próxima a la física y al orden de la materia inorgánica, y hasta a las leyes de la "hidráulica" –dice Fromm–, con las que Freud intenta explicar las transformaciones de la libido. En la segunda fase, en cambio, Freud llegaría a una comprensión más biológica y adecuada a la realidad psíquica, introduciendo los grandes principios dinámicos de la vida y la muerte, que ponen de relieve las que son, también para Fromm, las dos grandes y fundamentales tendencias del psiquismo humano y de las cuales, en última instancia, todo depende.

Y aunque Fromm reconoce que Freud habla más bien de "pulsión" (*Trieb*) y no de "instinto" *(Instinkt)*, considera que la interpretación freudiana del psiquismo, tanto del consciente como del inconsciente, está marcada por un instintivismo (o naturalismo, cabe decir) manifiesto en la tendencia a proporcionar una imagen cerrada, mecánica, determinista y atomizada del hombre (presocial y precultural) según la cual el movimiento y la interrelación resultan extrínsecos y superficiales, tornándose consiguientemente externa, derivada, superflua y forzada la dimensión socio-cultural de la vida humana.

Pero la crítica frommiana no consiste en oponer la excelencia y autonomía de la cultura a la negatividad de la naturaleza, sino que, por el contrario, se dirige a invalidar precisamente el supuesto del *mal natural* o de la *naturaleza maligna* del hombre. La primera significación socio-cultural, estrictamente socio-cultural, que Fromm rescata es la del *mal* mismo: éste no es un fenómeno instintivo, orgánico, congénito o biológico. El *mal* propiamente dicho –reconoce Fromm– es un fenómeno *específicamente humano*, de carácter histórico, social, cultural: es un hecho *ético-político*; es *responsabilidad humana* y no destino o fatalidad naturales. Freud no distingue, dice Fromm, entre dos fenómenos de carácter cualitativo y esencialmente diversos: no ve la diferencia entre la *agresividad natural*, que es en sí misma "benigna", defensiva, racional, destinada a la vida, y otra "agresividad" que sólo compete al hombre y que es efectivamente irracional y *maligna*, y a la cual, cabe mejor designar como *destructividad*:

> Debemos distinguir en el hombre *dos tipos de agresión enteramente diferentes.* El primero, que comparte con todos los animales, es un impulso filogenéticamente programado para atacar (o huir) cuando están amenazados intereses vitales... El otro tipo, la agresión "maligna", o sea la crueldad y la destructividad, es específico de la especie humana y se halla virtualmente ausente en la mayoría de los mamíferos...[5]

Y la destructividad es conceptuable simbólicamente como *Thánatos* –también para Fromm–, pero no porque lo thanático fuese una pulsión

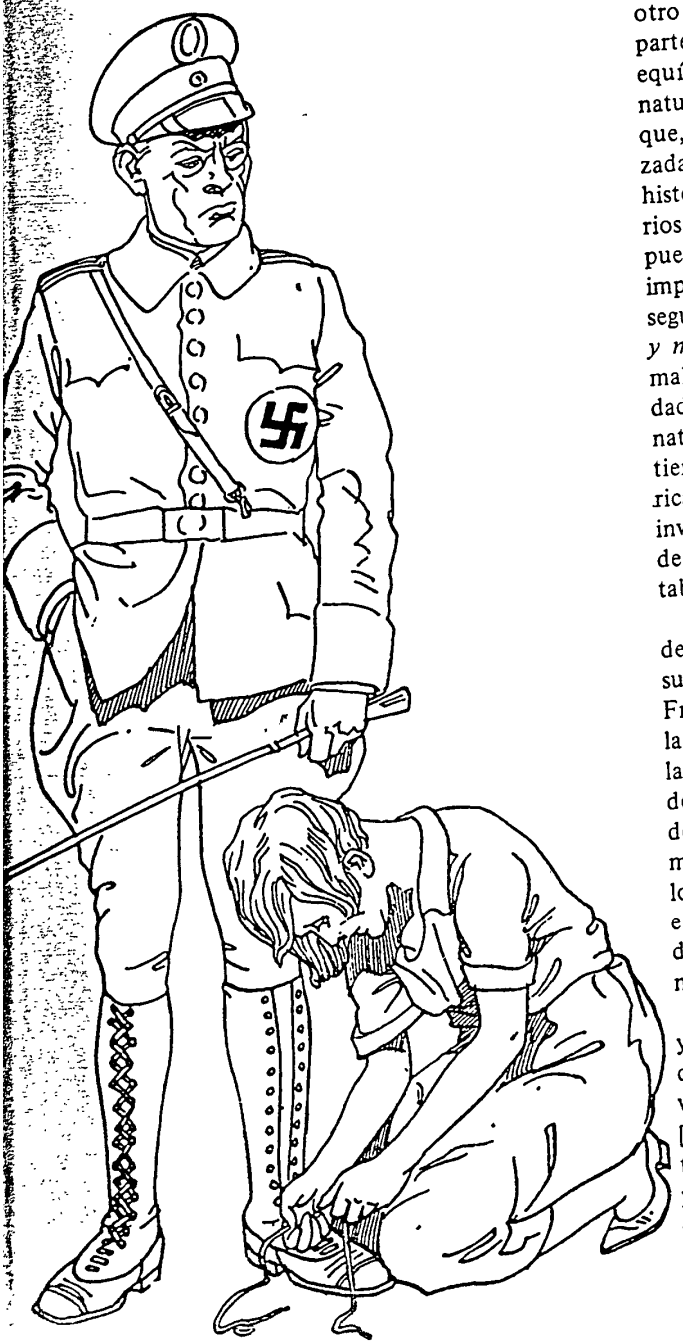


Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

natural, sino porque es el común denominador de todos los innumerables fenómenos de la malignidad, *sobreañadida a la mera naturaleza* que sólo el hombre, por causas morales y sociales, puede



generar y genera (aunque ciertamente de manera tan constante y generalizada que cobra la apariencia de ser un hecho universal y necesario, tan fatal e inalterable como los "titánicos" deseos "instintivos").

Pero por aquí, justamente, se hace patente el otro aspecto de la crítica frommiana: por una parte, la idea del *mal natural* puede consistir en el equívoco (mera "proyección") de darle carácter natural, universal y necesario, a unas condiciones que, aunque sí son reales y ampliamente generalizadas, su verdadero alcance y significación son históricos o culturales (*contingentes* y no necesarios e inalterables). O bien, por otra parte, el supuesto de la naturaleza maligna del hombre puede implicar en el orden práctico algo más decisivo, según Fromm: es *una forma de consolidar el mal y mantenerlo inalterado* (lo mismo si se trata del mal del sujeto individual, que del mal de la humanidad entera). La concepción freudiana del mal natural [fatal], inherente a la naturaleza humana, tiene según lo destaca Fromm raíces socio-históricas bien definidas que la explican y a la vez la invalidan: obedece a una necesidad *ideológica* de mantener el *status quo*: de asumir como in-mutable la imperfección humana y así conservarla.

Puede decirse en este sentido que si Freud desenmascaró las ilusiones culturales mostrando su raíz psicológica en la irrealidad del deseo infantil, Fromm desenmascara, a su vez, la desilusión y la desesperanza freudianas poniendo al descubierto las motivaciones psicosociales del "realismo" y del "pesimismo" de Freud, centrados en la idea del carácter natural, orgánico e inextirpable del mal: ajeno a la acción consciente y voluntaria de los hombres. Realismos y pesimismos son, desde esta perspectiva, *conservadurismo*, forma de eludir el *compromiso* histórico –o ético– de revolucionar o cambiar al hombre.

Son, en concreto, las estructuras "patriarcales" y "burguesas" las que hacen a Freud, conforme lo destaca la crítica frommiana, no sólo enfocar la vida psíquica desde perspectivas "masculinistas" [marcadamente denigrantes de lo femenino], sino trasladar al psiquismo las estructuras jerárquicas y clasistas de dominio y control, a la vez que concebir, en general, las relaciones interhumanas en términos mercantilistas, utilitarios, de carácter sadomasoquista, consolidando, precisamente como

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

FROMM-Online
Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

"originarias" e "instintivas", las tendencias narcisistas, las de sometimiento infantil incestuoso, o bien las fuerzas de destructividad en general. Lo que hizo Freud, dice Erich Fromm:

> fue identificar la estructura social de su clase, junto con su problemática, con el hombre como tal, así como con los problemas que se hallan en la raíz de su existencia. Este fue, en verdad, uno de los puntos ciegos de Freud.[6]

Teórica y objetivamente, el problema se plantea para Fromm en estos términos: en primer lugar, hay que partir del reconocimiento del que es el dato primario y fundamental que ha de servir de base y punto de partida inequívoco para toda comprensión rigurosa y verdadera acerca del hombre: que éste es un ser *irreductible a mera naturaleza biológica,* a un puro fenómeno corpóreo susceptible de interpretación en términos de simple vida animal o de naturaleza material. Aunque tampoco esto significa que el hombre y lo humano puedan ser comprendidos (como fue para la metafísica tradicional y para las concepciones religiosas) al margen de la naturaleza, de la historia y de la materia; ni como alma o espíritu "puros", ni tampoco como voluntad o conciencia puras y únicamente formales. El dato evidente y básico es la unidad psicosomática del hombre; el hecho de poseer, por así decirlo, una naturaleza culturalizada, espiritualizada; y un alma o espíritu naturalizados y materializados. Pero no como si se tratase de dos cosas o substancias distintas que coexisten en un mismo ser, sino como una unidad originaria que no es simple ni estática, sino intrínsecamente dinámica y contradictoria. Fromm formula esto en términos de que el hombre *"es naturaleza" y "no es naturaleza" al mismo tiempo,* o de que el hombre supera y no supera a la vez su condición natural:

> Lo esencial en la existencia del hombre –dice– es el hecho de que ha emergido del reino animal de la adaptación instintiva, de que ha trascendido la naturaleza –si bien jamás la abandona y siempre forma parte de ella.[7]

En este sentido, las necesidades humanas no son *sólo* (ni primordialmente) para Fromm, necesidades biológicas o determinadas esencial y originariamente por las funciones orgánicas o somáticas, ya sea de conservación, ya de satisfacción sexual. Son simultáneamente, desde el origen mismo, necesidades *existenciales,* mucho más complejas que las necesidades corporales.

De ahí que el inconsciente (y su lenguaje más propio que es el sueño) no sea para Fromm expresión de una naturaleza, a su vez, "pura" o de una simple corporeidad o instintividad somática (ya sexual, ya thanática), ajenas o contrarias a todo sentido social y moral y a todo valor cultural. El inconsciente frommiano tiene la riqueza y complejidad de esa realidad psicosomática que es depósito no sólo de la locura, sino de la más profunda cordura humana: de toda sapiencia y excelencia. El lenguaje onírico expresa, para Fromm, mucho más que la simple realización del deseo sexual reprimido. Y lo reprimido, o hecho inconsciente, es mucho más que el deseo pulsional, esencialmente egoísta como creyó Freud; por el contrario, lo reprimido puede ser –y suele ser– lo más valioso del hombre; sus potencialidades de amor, de libertad y de vitalidad, sus necesidades más éticas, más sociales y más culturales o espirituales.

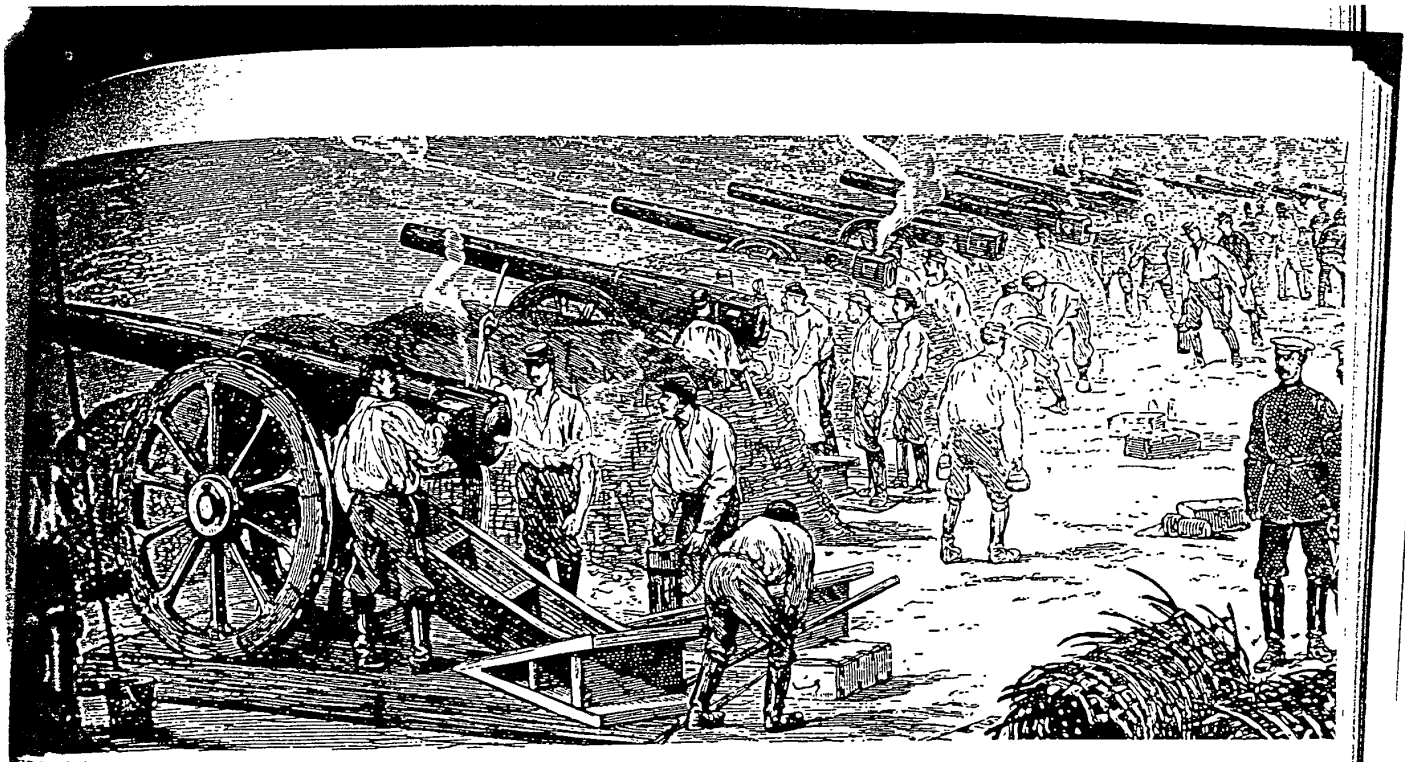
Y es que la naturaleza biológica del hombre tiene, según lo destaca Fromm, unas peculiaridades que es imposible soslayar y que invalidan, en gran medida, las propensiones instintivistas del sistema de Freud.[8] Por una parte, Fromm destaca el hecho evidente de que, "por naturaleza", el hombre *está menos determinado instintivamente* que cualquier otro animal, a la vez que dispone de una capacidad cerebral absolutamente extraordinaria; como si la naturaleza, paradójicamente, hubiese dotado al hombre con una *carencia* y al mismo tiempo con una *potencia* que le son propias y exclusivas y de las cuales, precisamente, surge la cultura como actividad específica de su ser.

Lo fundamental es, en todo caso, el carácter in-determinado, abierto, susceptible de realizarse o no realizarse de la naturaleza humana. Filosóficamente, esto se formula en términos de *contingencia* y *posibilidad.*[9] El hombre es, en su ser mismo, un ser contingente: puede ser o no ser, se así o ser de otro modo. Su ser es siempre posibl e inacabado: conlleva el no-ser y la contradicció en su propio seno, o como lo formula Fromm:

> ...la índole del hombre no puede definirse e

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

FROMM-Online
Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



función de una cualidad específica, como el amor, el odio, la razón, el bien o el mal, sino en función de las *contradicciones* que caracterizan la existencia humana...[10]

Y a nuestro juicio, Fromm acierta no sólo en ver en esta condición inconclusa y contradictoria la esencia del hombre siño, sobre todo, en afirmar que las contradicciones humanas se producen *dialécticamente*; lo cual significa, no sólo admitir la presencia de los contrarios, sino la *implicación recíproca* de los mismos. El hombre es naturaleza y no-naturaleza y ambas dimensiones o polaridades se complementan una a la otra; está determinado y al mismo tiempo in-determinado; es conjugación dialéctica de necesidad y libertad, de naturaleza e historia.

Precisamente, la contradicción fundamental de la existencia humana es la que hay entre la posibilidad de *regreso* a la naturaleza o de *progreso* temporal en el orden de la libertad, contradicción que deriva del carácter no necesario ni automática o instintivamente predeterminado de la naturaleza humana.

De aquí se origina, justamente, la maldad humana, según Fromm: de este carácter posible [y no necesario] de la condición humana: de que el hombre puede *no ser* lo que es, puede fallar en su propio ser, puede fracasar y traicionarse a sí mismo. El mal no es una pulsión instintiva [ni Libido ni Thánatos]: no es naturaleza ni está en la naturaleza [natural] del hombre: es, por el contrario, el *fracaso* de su naturaleza [natural] y de su naturaleza esencial [dialéctica]: capaz de bondad, amor y libertad.

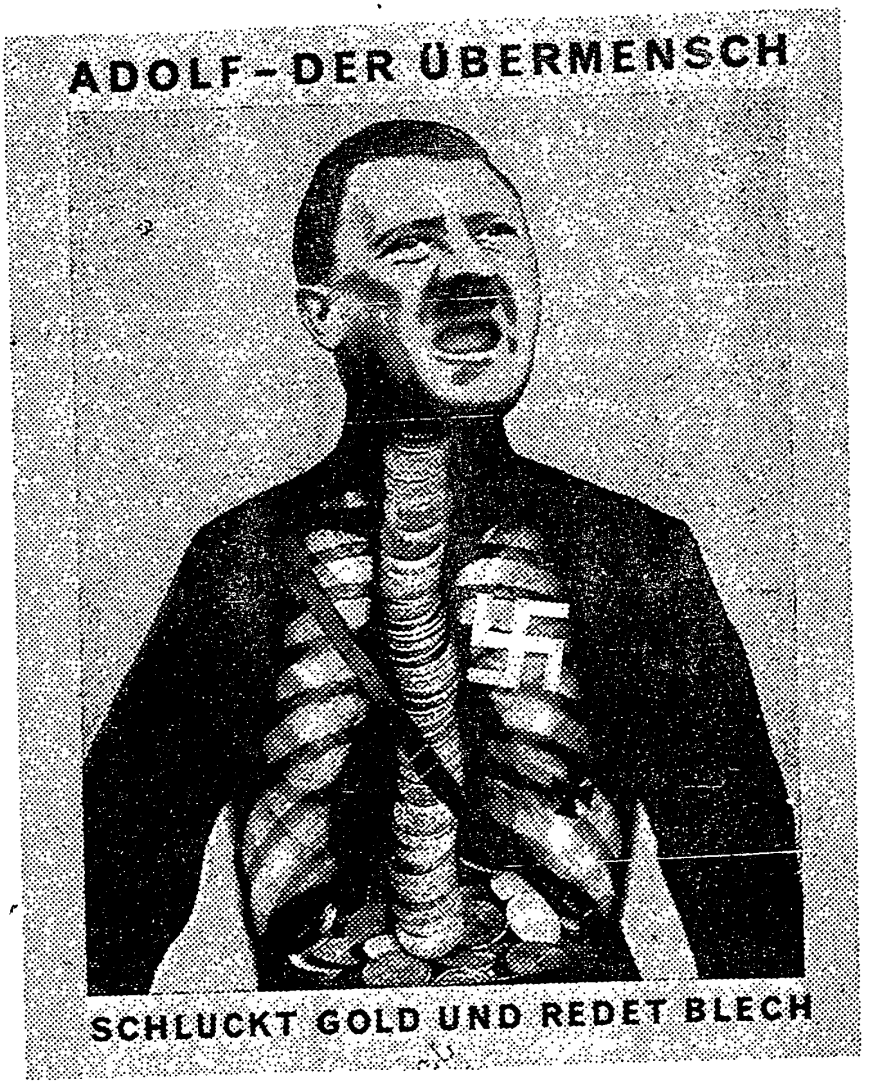
Fromm acepta la *dualidad* freudiana fundamental de una tendencia progresiva hacia la vida [Eros]: hacia la unificación, el movimiento, la construcción de estados vivos nuevos; y una tendencia regresiva hacia la muerte: la destructividad, la descomposición, la vuelta al mundo inerte de la materia inorgánica. Pero difiere esencialmente de Freud al no interpretar absolutista y *dualistamente* está polaridad. No se trata para él de dos pulsiones opuestas, igualmente naturales, igualmente *originarias*, reales y determinantes.

La diferencia de Fromm con Freud es, en cierto sentido, similar a la que puede advertirse entre la concepción "maniquea" y la concepción agustiniana del bien y del mal. Originada en el dualismo zoroastriano de un principio de luz y otro de sombra, el maniqueísmo sostenía la realidad absoluta del bien opuesta a la *realidad* absoluta del mal, ambas en una pugna sin fin. San Agustín, por el contrario, propone la literal *irrealidad* del

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



mal. El mal, dice, no es *ser,* sino un *no-ser;* es el no-ser, la carencia, el vacío, la frustración. No es "causa eficiente", sino deficiente: es "defecto", "falta" de realidad y realización. La dualidad, el conflicto desgarrador entre bien y mal, existen, sin duda, y son el corazón mismo de la condición moral del hombre, pero no es la pugna entre dos *realidades* o dos fuerzas opuestas, igualmente primigenias y consistentes. Es la pugna entre ser y no-ser, entre la fuerza y la no-fuerza, entre el poder humano y su impotencia e incumplimiento existencial.

Siguiendo en éste, como en tantos otros aspectos a Spinoza, Fromm concuerda en que "todo lo que es, tiende a perseverar en el ser": en que hay un *conato* o ímpetu originario (implícitamente más originario, universal y fundamental que el mero "instinto") que tiende a mantener la vida y el cual puede, en efecto, identificarse con el Eros freudiano, en tanto que éste, precisamente (más allá de la simple Libido sexual), es principio de unificación y expansión vital, en todos los sentidos.

Thánatos, entonces, no sería principio originario ni estaría en el mismo orden [real y cognoscitivo] que *Eros: Thánatos surge del fracaso de Eros* según Fromm: es re-acción a la represión y a la

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

FROMM-Online

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

frustración, al no-ser, al vacío, a la falta en el ímpetu de ser:

> ...el grado de destructividad... –dice Fromm– es proporcional al grado en que se halla cercenada la expansión de la vida... La vida posee un dinamismo íntimo que le es peculiar: tiende a extenderse, a expresarse, a ser vivida... Si esta tendencia se ve frustrada, la energía encauzada hacia la vida, sufre un proceso de descomposición y se muda en una fuerza dirigida hacia la destrucción... el impulso de vida y el de destrucción no son factores mutuamente independientes, sino que son inversamente proporcionales... la destructividad... *es el producto de la vida no vivida.*[11]

En realidad, no se trata para Fromm de *pulsiones*, sino más bien de *pasiones*; no es cuestión propiamente de *instintos*, cuanto de *caracteres:* de fenómenos naturales y no naturales al mismo tiempo. "Pasiones" y "caracteres" regresivos, destructivos, thanáticos, "necrofílicos"; "pasiones" y "caracteres" eróticos, productivos, libres o "biofílicos", como los designa Fromm. Y el carácter [*ethos*] es, en efecto, una "segunda naturaleza" que se monta sobre la primera y que "dialécticamente" tiene la doble característica de consistir, al mismo tiempo, en un modo de ser *fijo*, estable, consolidado (que opera como si fuese un instinto inextirpable o una pulsión natural) pero que, simultáneamente, es algo *adquirido* y susceptible de *transformarse*, de crearse o destruirse.

Y así como hay caracteres individuales, los hay para Fromm sociales: modos de ser colectivos que se consolidan también de acuerdo con las tendencias regresivas o progresivas del alma humana. Precisamente, así cabe explicar la aparente "naturaleza maligna" del hombre, por todos lados presente en la historia y en la sociedad: como la consagración socio-histórica del carácter destructivo del hombre y de sus pasiones negativas, las cuales son trágica expresión de la frustración de los verdaderos y más originarios impulsos y potencialidades de la vida, del fracaso de la propia condición.

El hombre no es malo por naturaleza; eso es lo verdaderamente significativo. Si el mal fuese natural e inevitable, dejaría de ser propiamente *mal.* Naturalizarlo es descualificarlo, justificarlo y quererlo minimizar, a la vez que someterse pasivamente a él y dotarlo de poder. Paradójicamente, el "optimismo" frommiano es, en este sentido, más consciente de la real malignidad humana que las concepciones instintivistas. Pues reconocer el carácter libre e histórico del mal no implica desconocer su fiereza, su tan profunda y generalizada destructividad, su presencia enquistada en la realidad humana, que hacen verdaderamente difícil la superación; así como reconocer esta dificultad y esta evidencia (que pareciera universal) de la maldad humana, no autoriza a legitimar el falso supuesto de su carácter congénito e inalterable.

En especial, Fromm analiza extensamente las tres principales modalidades de la malignidad o la destructividad humana: el narcisismo, la fijación simbiótico-incestuosa y la crueldad o el sadismo; unas y otras generalmente asociadas entre sí, formando lo que él llama el "síndrome de decadencia de la vida", marcado por el signo esencial de la *regresión* thanática que surge siempre como consecuencia reactiva de la frustración de las complejas y contradictorias necesidades de la existencia, las cuales sólo se satisfacen verdaderamente en el equilibrio *dialéctico* de ellas.

La principal de esas necesidades es la de ser *individuo* y, a la vez, realizar una efectiva *vinculación* con los otros y con el mundo. Si no se realizan ambos aspectos complementarios al mismo tiempo, sobreviene el fracaso; si el individuo no supera su soledad, su separación radical, generando vínculos genuinos con la otredad (sino que se mantiene narcisistamente cerrado en sí mismo o hace del prójimo un simple medio o un objeto cosificado para su propia satisfacción), la vida fracasa y se torna maligna. O bien, si por el contrario, el hombre elude su soledad y su libertad renunciando a la potencialidad de ser "sí mismo" y consolidar su genuina y literal in-dependencia respecto de lo otro, el individuo queda enajenado y poseso en su dependencia y sometimiento.

La conciencia dialéctica le permite a Fromm disolver la falsa oposición [excluyente] del "amor a sí mismo" y el "amor al otro", del ego-ísmo y altru-ismo en su sentido más amplio y literal. Este es el hecho básico en el que se centra la posibilidad de superar el solipsismo freudiano y, con él, la concepción de la naturaleza negativa del hombre.

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

FROMM-Online
Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

Pues si la naturaleza es en esencia "egoísta" y la cultura "altruista", como cree Freud, y si precisamente el "ego" y el "alter" se excluyen por necesidad, la pugna entre *natura* y cultura es insuperable y es imposible salvar las aporías freudianas. Estaremos siempre ante dos órdenes absolutos, como dos "substancias" cerradas en sí mismas, conectadas sólo externamente, sin comunicación íntima ni propiamente dinámica. La naturaleza egoísta, ciega y maligna, siempre se opondrá a los fines eróticos de la cultura; el amor, a su vez, por necesidad implicará coerción, infelicidad y dolor; toda esperanza de dicha, de espontaneidad, nacerá marcada de culpa y se autoinvalidará por el horror al castigo y por la infinita soledad.

Sólo la dialéctica del *Eros* supera la antinomia y el círculo vicioso: el *Eros* como principio de *auto-satisfacción* (ego-ísmo o amor a sí mismo, como precisa Fromm) y, a la vez, como principio de *unión* (altruismo); como fuerza al mismo tiempo centrípeta y centrífuga, que separa y une, independiza y arraiga, moviliza y estabiliza simultáneamente.

Pero la libertad, el amor y la biofilia no son tampoco "dones naturales" para Fromm; son acción o actividad, *praxis:* ejercicio concreto: son "arte" que involucra el todo de la vida y todas las facultades humanas, racionales e irracionales, activas y receptivas, biológicas y espirituales. Y no son tarea sólo individual, sino social [y no sólo social, sino también individual]. El bien tiene que *hacerse,* como tienen que hacerse la libertad y el amor para Fromm, en una acción efectiva y constante.

A la implicación recíproca del amor a sí mismo y el amor a otro corresponden la dimensión psico-individual y la dimensión psicosocial de la vida humana. El proyecto de humanización, de "humanismo", es en Fromm, tanto ético como socio-político; definido precisamente como el proyecto de "socialismo humanista" o socialismo integral, en el cual se cifran en última instancia las posibilidades de superar la malignidad o la destructividad humana: en la creación de otros modos sociales de ser, de otras estructuras de no violencia, no explotación, no guerra ni dominación *en todos los órdenes:* desde la base primaria económica hasta la abolición de todas las estructuras de dominación política y cultural, psicosocial en general.

Ver así en este proyecto revolucionario un imposible o una mera utopía romántica e ilusoria que desconoce la imposibilidad de cambiar al hombre no es, en el fondo, como denuncia Fromm, sino una manera de evadir el compromiso y la responsabilidad de la propia condición libre. Una de las grandes aportaciones de Fromm a la cultura contemporánea se centra, efectivamente, en esta nueva y paradójica *invalidación de las invalidaciones.* Esto es: en el hallazgo de los factores radicalmente irresponsables y evasivos que pueden estar operando detrás de la supuesta "madurez", "racionalidad" y "seriedad" de los realismos y pesimismos que se fundan en el supuesto de una maldad constitutiva del hombre. Ellos pueden expresar, precisamente, las tendencias thanáticas regresivas e inertes del alma humana; los deseos y las "ilusiones" más infantiles y narcisistas de sometimiento y pasividad ante una naturaleza y una *Anánke* [Necesidad] que se juzgan todopoderosas e inamovibles.

La obra entera de Erich Fromm se empeña en mostrar que la fe en el hombre o la falta de fe no son meras propensiones subjetivas sentimentales; pero tampoco son puros conceptos teóricos especulativos, indiferentes en su formal objetividad: son modos de *compromiso existencial,* formas responsables o irresponsables, thanáticas o eróticas de enfrentar la vida misma.

En síntesis: Fromm posibilitaría una nueva fundamentación de la libertad y la dignidad humanas sobre la base de una corrección de la idea freudiana de la destructividad pulsional o natural del hombre. En un sentido, la naturaleza natural no es, para él, ni buena ni mala, puesto que, precisamente, éstas son determinaciones, cualificaciones histórico-culturales. Pero en otro sentido, en tanto que la naturaleza, la vida misma, es para Fromm impulso de vida y de ser, de ella emergen originalmente todos los posibles valores culturales. Estos no son ni extra ni contra *natura.* Por eso el orden de la libertad y la dignidad no contraviene la felicidad o la satisfacción vital del hombre. Lo más decisivo, a nuestro modo de ver, es que cultura y *natura* quedan no sólo reconciliadas en Fromm, sino ambas reivindicadas. La naturaleza conlleva en sí las potencialidades de la cultura y ésta, a su vez, está enclavada en la vida. En esta medida, Fromm recupera el sentido de los valores y los

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.

FROMM-Online

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

ideales; éstos no son ya imaginarios y enajenantes espejismos, como eran en gran medida para Freud, sino que se reconocen como tendencias verdaderas de vida que emergen desde las más íntimas necesidades del psiquismo consciente e inconsciente; que nacen, en suma, de la naturaleza esencial y primigenia del hombre y de sus *deseos* más auténticos y fundamentales.

"Amor", "libertad", "vitalidad", "felicidad", "devoción", "paz", "esperanza" no son siempre, como ve Erich Fromm, meras ilusiones y alucinaciones infantiles, sino, por el contrario, los compromisos más serios de la madurez y de la racionalidad humanas.

NOTAS

1 Paul Ricoeur, *Freud, Una interpretación de la cultura*, Siglo XXI editores, México, 1970; p. 28.

2 Sigmud Freud, *El malestar en la cultura*, trad. J.L. Etcheverry, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979; p. 76.

3 Es decisivo advertir que uno de los signos más notables de la creación freudiana es el hecho de que no sea unívoca, ni mucho menos estática; por el contrario, sufre importantes transformaciones y ofrece significativas ambivalencias. Cf. Juliana González, *El malestar en la moral; muerte y vida de la moralidad en Freud* (en prensa).

4 Freud, *op. cit.*, p. 108. Cf. Néstor Braunstein, "Nada que sea más siniestro (*unheimlich*) que el hombre", *A medio siglo de El malestar en la cultura*, Siglo XXI editores, México, 1981.

5 Erich Fromm, *Anatomía de la destructividad humana*, Siglo XXI editores, México, 1975; p. 18.

6 *Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud*, Siglo XXI editores, México, 1979; p. 39.

7 Erich Fromm, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, 1966; p. 19.

8 Decimos "propensiones" porque no necesariamente se trata de un instintivismo sin más. En general, el sistema y el genio de Freud rebasan con creces todo carácter unilateral y terminado. De ahí que también sean perfectamente posibles y ciertas las lecturas no instintivistas de la obra freudiana, como lo intentan múltiples intérpretes contemporáneos.

9 Precisamente ésta es la libertad *ontológica*: del ser mismo del hombre. El ser "libre" es el ser in-determinado, que puede ser o no ser. Cf. Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, F.C.E., México, 1974 y *Los principios de la ciencia*, F.C.E., México, 1965. Asimismo, nuestro libro *La metafísica dialéctica de Eduardo Nicol*, UNAM, México, 1981.

10 *Anatomía...*, p. 231.

11 *El miedo a la libertad*, Paidós, Buenos Aires, 1964; p. 221.

Gonzalez Valenzuela, J., 1986: Sobre la naturaleza maligna del hombre en Freud y Fromm, In: Omnia, Vol. 2 (No. 2, 1986), pp. 7-19.